

Un diálogo posible

“La resurrección de Cristo es.... –si podemos usar por una vez el lenguaje de la teoría de la evolución- la mayor “mutación”, el salto más decisivo en absoluto hacia una dimensión totalmente nueva, que se haya producido jamás en la larga historia de la vida y de su desarrollo: un salto de un orden completamente nuevo, que nos afecta y que atañe a toda la historia”.

Benedicto XVI, homilía de la Vigilia Pascual, en San Pedro, 16 de abril de 2006.

El pasado mes de mayo tuvo lugar en la Casa Sacerdotal “San Juan María Vianney”, en La Habana, un notable acontecimiento científico y cultural de alto vuelo: un simposio organizado por el Grupo de Reflexión de la Arquidiócesis de La Habana con el título programático de “Ciencia, Religión y Fe, ¿un diálogo posible?”, en el que tomaron parte como ponentes distinguidos representantes del pensamiento científico, tanto nacionales como foráneos.

El evento constituyó un ejemplo de intercambio profundo y dialogal sobre cuestiones ontológicas medulares no obstante concepciones y criterios, en ocasiones no coincidentes. Fue un hermoso momento en la búsqueda juntos de la Verdad.

En los últimos siglos, desde el Renacimiento, pero en particular a partir del siglo XVIII con la Ilustración, se ha desarrollado una fuerte corriente de pensamiento con distintas modalidades que, si bien se origina en una justa búsqueda de la centralidad del hombre en la Creación, en sus expresiones definitivas entroniza el ser y la razón como referente universal de valores y objetivos, dejando fuera, por inexistente o irrelevante, cualquier relación con valores absolutos provenientes de una Entidad superior, creadora y providente.

Una consecuencia de esta manera de concebir al hombre y sus relaciones es la pretensión de hacer de la ciencia la única norma y medida de la verdad. Otra consecuencia, la más contemporánea, es la relativización de la verdad misma.

Tanto la Iglesia católica como las confesiones religiosas surgidas con la Reforma no supieron valorar en su momento lo que de positivo y justo existía en aquellos nuevos enfoques que, por otro lado, con frecuencia se presentaron con una antirreligiosidad que no facilitaba su comprensión por el ambiente religioso cristiano. Los resultados fueron funestos para la evolución del pensamiento y las soluciones sociales en las culturas occidentales con matriz greco-latina y cristiana.

... la Iglesia de Cristo y su apertura decidida al ecumenismo y al mundo moderno, ha marcado un omega y un alfa en un largo proceso de maduración y renovación eclesial que sólo persigue ser fiel a las enseñanzas del Señor, que es Camino, Verdad y Vida.

El Concilio Vaticano II, sin embargo, con su clarificación de lo que es esencial en la Iglesia de Cristo y su apertura decidida al ecumenismo y al mundo moderno ha marcado un omega y un alfa en un largo proceso de maduración y renovación eclesial que sólo persigue ser fiel a las enseñanzas del Señor, que es Camino, Verdad y Vida, y a su mandato de servir en el Amor proclamando que el Reino de Dios ya está entre nosotros.

En este empeño de servicio a la verdad y al bien común se inscribe el evento de mayo pasado.

Encuentros como este ensanchan el horizonte de nuestro pensamiento y aportan, sin lugar a dudas, al cultivo de una cultura de diálogo respetuoso entre personas y grupos con diferentes puntos de vista acerca de temas sustanciales.

Dios permita, para bien de nuestra Patria, la multiplicación de iniciativas animadas de este espíritu.